

Peter Handke

Desgracia impeorable

Relato

Traducción de Eustaquio Barjau
con la colaboración de María Parés



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Wunschloses Unglück. Erzählung*

Primera edición: 1989

Tercera edición, con traducción revisada: 2018

Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Peter Handke 1972. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-027-8

Depósito legal: M. 258-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

*He not busy being born is busy
dying.*

Bob Dylan

*Dusk was falling quickly. It was
just after 7 p. m., and the month
was October.*

Patricia Highsmith
A Dog's Ransom

En la sección de DIVERSOS de la edición dominical del *Volkszeitung*, de Carintia, venía: «En la noche del viernes al sábado una mujer de 51 años de edad, de A (municipio de G), madre de familia, se suicidó tomando una sobredosis de somníferos».

Ya han pasado casi siete semanas desde que murió mi madre y quisiera ponerme a trabajar antes de que la necesidad de escribir sobre ella, que en el entierro fue tan fuerte, se convierta de nuevo en aquel embotamiento, aquel quedarse sin habla con que reaccioné a la noticia de su suicidio. Sí, ponerme a trabajar; porque la necesidad de escribir algo sobre mi madre, por muy inopinadamente que se esté presentando aún de vez en cuando, es, por otra parte, algo tan difuso

que en mi trabajo va a ser necesario que me esfuerce, simplemente para que no ocurra que con la máquina de escribir le esté dando siempre a la misma letra sobre el papel, que es justamente lo que ahora me saldría hacer. Sólo una terapia de movimiento como ésta no me serviría para nada, lo único que haría sería volverme aún más apático y pasivo. Lo que también podría hacer sería marcharme; además, yendo de viaje, este dormir con la mente en blanco, este ir de un lado para otro sin hacer nada me pondrían menos nervioso.

Por otra parte, desde hace unas cuantas semanas estoy más irritable que de costumbre; el desorden, el frío y la calma hacen que apenas se me pueda decir nada; me agacho a coger cualquier vellón y cualquier miga de pan que haya en el suelo. A veces me sorprendo de que las cosas que llevo en la mano no me hayan caído ya al suelo hace rato, hasta tal punto pierdo de repente la sensibilidad al pensar en este suicidio. Y no obstante deseo ardientemente que lleguen estos momentos, porque entonces cesa este embotamiento y la mente se me aclara del todo. Es un terror en el que vuelvo a sentirme bien: por fin se acabó el aburrimiento, un cuerpo que no ofrece resistencia alguna, se acabaron las fatigosas lejanías, el tiempo pasa sin dolor.

En estos momentos lo peor sería la compasión de alguien, una mirada o incluso una palabra. Uno desvía la vista inmediatamente o ataja las palabras del otro; porque uno necesita la sensación de que lo que está viviendo en aquel preciso momento es algo incomprensible e incommunicable: sólo de este modo siente uno que el terror tiene sentido y es real. A la primera pregunta, a la primera interpelación vuelve enseguida el aburrimiento y de repente todo vuelve a perder su carácter de objeto. Y, no obstante, de vez en cuando, sin que ello tenga ningún sentido, les hablo a la gente del suicidio de mi madre y me irrita que se atrevan a hacer alguna observación a lo que digo. En estos casos lo que me gustaría sería que al momento desviarán mi atención hablándome de otra cosa y que me tomaran el pelo con algún pretexto.

Cuando, por ejemplo, James Bond, en su última película, al preguntarle alguien si su adversario –a quien él había tirado por el hueco de una escalera– estaba *muerto*, dijo: «¡Bueno, eso espero!», no pude menos que soltar una carcajada de alivio. Los chistes sobre la muerte y los muertos no me importan lo más mínimo, incluso me siento a gusto con ellos.

Los momentos de miedo, cuando se dan, son siempre muy breves; más que momentos de mie-

do son sensaciones de irrealidad; unos instantes después todo se vuelve a cerrar, y si uno está en compañía de otras personas, intenta inmediatamente dedicarles una especial atención, como si justo en el momento anterior uno hubiera sido incorrecto con ellos.

Por otra parte, desde que he empezado a escribir, esos estados, probablemente por el hecho mismo de que estoy intentando describirlos con la máxima precisión, me parecen como si estuvieran lejos y como si pertenecieran al pasado. Cuando los describo empiezo a pensar en ellos como si se tratara de un período concluido de mi vida, y el esfuerzo por recordar y encontrar formulaciones adecuadas exige tanto de mí que las breves ensoñaciones de las últimas semanas han pasado ya a ser algo extraño. Porque el hecho es que yo de vez en cuando tenía «estados especiales»: las imaginaciones de todos los días –algo que en definitiva no era más que la repetición mecánica, por enésima vez, de imaginaciones *iniciales*, imaginaciones que tenían ya años o decenios– de repente se escapaban cada una por su lado y la conciencia se quedaba dolorida, tal era el vacío que se había instalado de repente en ella.

Ahora esto ya ha pasado; ahora ya no tengo esos estados. Cuando escribo, escribo necesariamente sobre algo anterior, algo vivido, por lo me-

nos en relación con el tiempo en el que estoy escribiendo. Llevo a cabo una ocupación literaria, como de costumbre, convertido –como si fuera algo externo, una cosa– en una máquina de recordar y encontrar formulaciones adecuadas. Y escribo la historia de mi madre, en primer lugar porque creo saber más de ella y del modo como murió que cualquier entrevistador ajeno a la cuestión, que, probablemente, sería capaz de resolver sin esfuerzo este interesante caso de suicidio echando mano de un cuadro sinóptico de los sueños en el que se manejan categorías religiosas, sociológicas o de psicología individual; luego por interés propio, porque vuelvo a vivir cuando algo me tiene ocupado, y, por último, porque a esta MUERTE LIBRE, al igual que cualquier entrevistador que no tuviera nada que ver con ella –pero de otro modo–, quisiera convertirla en un caso.

Naturalmente todas estas razones son completamente arbitrarias y podrían ser sustituidas por otras igualmente arbitrarias. Lo que allí ha habido, justamente, han sido momentos de una extrema mudez y la necesidad de encontrar una formulación adecuada para estos momentos, los mismos motivos de escribir de siempre.

Cuando llegué para el entierro, en el pequeño billetero de mi madre encontré todavía un resguardo de correos que llevaba el número 432. La

misma tarde del viernes, a última hora, antes de ir a casa y tomarse las tabletas, me había mandado a Frankfurt una carta certificada junto con una copia, hecha con papel de calco, del testamento. (Pero, ¿por qué URGENTE?). El lunes había estado yo en la misma estafeta de correos para llamar por teléfono. Esto ocurría dos días y medio después de su muerte, y sobre la mesa, delante del funcionario de correos, vi el rollo amarillo con la etiqueta del certificado: entre tanto se habían mandado nueve cartas certificadas, el número siguiente era ahora el 442, y esta imagen era tan parecida al número que yo tenía en la cabeza, que al principio me confundí y por unos instantes creí que todo era falso. Las ganas de contarle a alguien esto me ponían auténticamente de buen humor. Era un día tan claro; la nieve; estábamos tomando sopa de albóndigas; «la cosa empezó así...»: si uno empezara a contar algo de esta manera, todo sería como inventado, uno no forzaría al oyente o al lector a tomar parte personalmente en algo, sino que lo único que haría sería relatar una historia, con su buena dosis de fantasía.

De modo que la cosa empezó así: mi madre nació hace más de cincuenta años en el mismo lugar en el que luego moriría. Lo que había de útil en aquella región pertenecía por aquel entonces a la

iglesia o a terratenientes nobles; una parte estaba arrendada a la población, que estaba formada fundamentalmente por artesanos y pequeños campesinos. La falta general de recursos era tan grande que el poseer una pequeña parcela de terreno era todavía algo muy poco frecuente. Prácticamente reinaba aún el estado anterior a 1848, con la sola diferencia de que la esclavitud formal había sido abolida. Mi abuelo –todavía vive, y tiene ochenta y seis años– era carpintero y, con la ayuda de su mujer, cultivaba algunos campos de labor y se ocupaba de algunas praderas, por todo lo cual pagaba anualmente una renta. Era de origen eslovaco e hijo natural, como la mayoría de los habitantes de aquella región, que eran pequeños campesinos, gente que, aun mucho después de la pubertad, no disponían de medios para casarse ni de espacio para llevar una vida matrimonial. Su madre al menos era hija de un campesino bastante adinerado en cuya casa –malamente acomodado, como siervo– vivía el padre de mi abuelo, para él sólo en calidad de «procreador»; de este modo, sin embargo, mi bisabuela tuvo los medios suficientes para comprarse una pequeña hacienda.

Después de generaciones de siervos sin bienes, con la partida de nacimiento rellena sólo a medias, que nacían y morían en habitaciones ajenas,

que apenas dejaban herencia porque su única propiedad, el traje de los domingos, se la metían en la tumba, mi abuelo creció como el primero de un mundo en el que podía realmente sentirse en casa sin necesidad de que lo soportasen solamente a cambio del trabajo diario.

A modo de defensa de los principios económicos del mundo occidental, hace poco, en la sección de economía de un periódico se leía que la propiedad era LIBERTAD CONVERTIDA EN ALGO CONCRETO. En aquel tiempo, para mi abuelo, como primer propietario –por lo menos como primer propietario de bienes inmuebles– dentro de una serie de personas sin medios y por tanto sin poder, es posible que esto fuera todavía verdad: la conciencia de poseer alguna cosa era algo tan liberador que, después de generaciones y generaciones sin voluntad alguna, de repente era posible que adquiriera forma una voluntad: llegar a ser todavía más libre, y esto significaba sólo una cosa –y para mi abuelo, en sus circunstancias, con razón–: aumentar la propiedad.

Sin embargo, la propiedad inicial era tan pequeña que, sólo para mantenerla, era necesario casi que uno trabajara con todas sus fuerzas. De ahí que la única posibilidad que le quedaba a uno era la de los pequeños propietarios ambiciosos: el ahorro.

Así pues, mi abuelo ahorró, hasta que en la inflación de los años veinte perdió todos sus ahorros. Entonces empezó a ahorrar de nuevo, no sólo haciendo acopio del dinero que le sobraba sino sobre todo reprimiendo sus propias necesidades y pensando que sus hijos iban a ser capaces de esta monstruosa falta de necesidades; su mujer, como mujer, desde que nació no pudo ni siquiera soñar en otra cosa.

Siguió ahorrando esperando EQUIPAR a sus hijos para cuando se casaran o empezaran a ejercer una profesión. Utilizar antes los ahorros para la FORMACIÓN de aquéllos era algo que, por ley natural –sobre todo en lo que concernía a su hija–, no le podía ni pasar por la imaginación. Y en los hijos varones las seculares pesadillas de los desposeídos, que dondequiera que estuvieran se sentían extraños, las tenían aún tan metidas en la sangre, que uno de ellos, que había obtenido una beca en un colegio de enseñanza media, más por casualidad que por voluntad propia, después de unos cuantos días no pudo resistir más la vida fuera de su mundo, recorrió de noche a pie los cuarenta kilómetros que separaban la capital de su casa y, sin decir una sola palabra –era un sábado, el día en que normalmente se hacía limpieza general, de la casa, el patio y las dependencias exteriores–, se puso a barrer el patio; el ruido que

hacía con la escoba, al amanecer, era ya una señal suficientemente clara. Dicen que luego, como carpintero, fue muy eficiente y llegó incluso a estar contento con su oficio.

Él y su hermano mayor murieron pronto, en la segunda Guerra Mundial. Entre tanto mi abuelo había vuelto a ahorrar y había vuelto a perder sus ahorros con el paro de los años treinta. Ahorraba, y esto quería decir que no bebía ni fumaba; apenas jugaba. El único juego que se permitía eran las cartas los domingos; pero hasta el dinero que ganaba con el juego –y jugaba con tal tino que casi siempre ganaba– era para sus ahorros; todo lo más les metía a sus hijos alguna monedita en el bolsillo. Después de la guerra empezó a ahorrar otra vez, y hasta hoy, como pensionista, no ha dejado de hacerlo.

El hijo que le queda, como carpintero, que da trabajo incluso a veinte obreros, ya no necesita ahorrar: invierte; y esto significa además que *puede* beber y jugar; incluso es normal que esto sea así. De este modo, en contraposición con su padre, que estuvo callado toda la vida y que se había prohibido disfrutar de nada, ha encontrado una especie de lenguaje, aunque sólo lo use para representar, como concejal, a un pequeño partido olvidado del mundo y que sueña en un gran futuro basándose en un gran pasado.

Nacer mujer en un mundo así es ya de antemano algo mortal. Sin embargo, se puede decir también que es tranquilizador: por lo menos no hay ningún miedo al futuro. En las ferias, las mujeres que echaban la buena ventura sólo se lo tomaban en serio cuando leían el futuro en la mano de los chicos; en las mujeres este futuro no era más que una broma.

Ninguna posibilidad, todo previsto de antemano: pequeños coqueteos, una risa ahogada, unos momentos de azoramiento, luego, por primera vez, la cara lejana, controlada con la que una empezaba de nuevo a ocuparse de la casa; los primeros hijos; quedarse un poco después del trabajo de la cocina; que por principio no la escuchen a una; ir dejando cada vez más de escuchar a los otros; hablar sola; luego las molestias en las piernas, varices, un murmullo en el sueño sólo, cáncer de matriz, y con la muerte se cumplen al fin los destinos de la Providencia. No olvidemos que los distintos pasos de un juego al que en aquella región jugaban mucho las niñas se llamaban así: Cansancio / Agotamiento / Enfermedad / Enfermedad grave / Muerte.

Mi madre era la penúltima de cinco hijos. En la escuela se reveló como una alumna inteligente; los profesores le ponían las mejores notas, elogiaban sobre todo su buena letra y el esmero que po-

nía en sus trabajos escritos; luego se acabaron los años de colegio. Aprender había sido sólo un juego de niños. Una vez terminada la escolaridad obligatoria, este juego se convirtió en algo innecesario. En la casa las mujeres se acostumbraban a su futura vida doméstica.

No había ningún miedo, a excepción del que tiene toda criatura en la oscuridad y en la tormenta; los únicos cambios eran calor y frío, mojado y seco, bienestar y malestar.

El tiempo pasaba entre festividades religiosas, bofetadas por haber ido a bailar a escondidas, envidiar a los hermanos, gusto por cantar en el coro. Lo que pasaba en el resto del mundo quedaba envuelto entre una bruma; no se leían más periódicos que la hoja dominical de la diócesis, y en ella sólo la novela por entregas.

Los domingos: el cocido de vaca, con salsa de rábano picante; la partida de cartas, las mujeres sentadas allí humildemente, una foto de la familia con el primer aparato de radio.

Mi madre tenía una naturaleza vital y dinámica; en las fotos apoyaba las manos en las caderas o rodeaba con su brazo los hombros del hermano menor. Se reía siempre y parecía que no podía evitarlo.

Lluvia –sol, fuera– dentro; los sentimientos de las mujeres eran algo que dependía mucho del